

Mi experiencia de trabajo con mujeres ejidatarias del Valle del Yaqui y la región Altar-Caborca (década de 1970)

Olga Gertrudis Mendoza Ochoa*
Generación 1969-1972

Inicié mis estudios universitarios en el año de 1969, a la edad de 19 años. Soy originaria de Altar, Sonora, y en aquel tiempo, tener acceso a estudios universitarios era un privilegio que no todos podían alcanzar. Aprovecho este espacio para agradecer a mi primo Abelardo Rodríguez Mendoza, quien se acercó a mi padre para proponerle la posibilidad de que su hija, en compañía de otra prima, estudiara la carrera de trabajo social en la Universidad de Sonora; fue de esa manera como entré a estudiar trabajo social y finalicé mis estudios en el año de 1972.

Una vez que egresé, me encontraba en busca de trabajo y me dirigí con la profesora Rosy Esquer para que me orientara. Ella me comentó sobre la existencia de una vacante de trabajadora social en Ciudad Obregón, en la Secretaría de Agricultura y Ganadería (SAGAG). Al año siguiente, en 1973 tuve que viajar a la Ciudad de México para quedar inscrita en la SAGAG para que procediera mi contratación y así trabajar en la plaza que se encontraba en Ciudad Obregón. En febrero de 1974, ingresé a la Secretaría de Agricultura y Ganadería, siendo el representante, en Ciudad Obregón, el ingeniero Carlos Manuel Castaños.

Para poder iniciar los trabajos correspondientes a la plaza obtenida, se nos capacitó en la preparación de alimentos a base de carne y frijol de soya en un ejido de Navojoa. Nos capacitaron a mí y a otras compañeras para dar cursos sobre la preparación de platillos a base de estos granos esenciales; posteriormente, comencé a trabajar en los ejidos Francisco Villa y Gustavo Díaz Ordaz, para poner en práctica lo aprendido en los cursos de capacitación. A la par de los cursos impartidos en las comunidades, había otras

actividades puestas en práctica, tales como: reforestación y atención a granjas comunitarias de conejos.

Una vez finalizada mi participación, me dirigí al ejido La Democracia, donde antes de iniciar los trabajos correspondientes, en una iniciativa personal en conjunto con otras compañeras trabajadoras sociales, decidimos tomar clases de tejido a gancho en la conocida “casa kimoto” en Ciudad Obregón; dichos cursos, los complementé con mis conocimientos adquiridos sobre el tejido de macramé. En este ejido se organizó un grupo de mujeres a las que se les impartieron clases de tejido a gancho, tejidos de macramé y preparación de platillos a base de soya.

En coordinación con la Secretaría de la Reforma Agraria, se informó, al grupo de mujeres con las que trabajaba, sobre la Unidad Agrícola Industrial para la Mujer (UAIM) que teníamos derecho a una parcela de tierra como un ejidatario más. Estas mujeres, al enterarse de la noticia, comenzaron a organizarse para preparar y desmontar “la tierra” que por derecho les correspondía. Esta noticia, sobre la distribución de tierra al grupo de mujeres, no fue del agrado de todos los ejidatarios ni del comisariado ejidal; por ello, en una asamblea de ejidatarios, se llegó al acuerdo de negar legalmente el derecho femenino a la tierra; por esta razón, al no ser consolidada la UAIM, mi trabajo en este ejido finalizó.

Mientras continuaba mi trabajo en las comunidades, pasaron algunos años hasta que solicité cambio a la ciudad de Caborca, donde continué mis labores en los ejidos del municipio de Altar, Sonora.

El trabajo de desarrollo de la comunidad del ejido Llano Blanco, municipio de Altar, en coordinación con la Secretaría de la Reforma Agraria, consistía en organizar la UAIM para instalar la siembra de dos ciclos de verduras,

* Egresada del Programa de Trabajo Social, nivel técnico.

siembra de maíz, melón, sandía, trasplante de cebolla y ajo. Se impartió un curso sobre nutrición utilizando los granos que se dan en la región como es el maíz, ajonjolí, trigo, sorgo y demás; al mismo tiempo se daban clases de tejido a gancho, pláticas sobre salud e higiene, donde se observaba que la población participaba de manera satisfactoria.

En el ejido Santa Matilde, municipio de Pitiquito, se instauró la Sociedad de Producción Rural; se impartían clases de tejido a gancho, cursos sobre nutrición, pláticas sobre salud e higiene y la consolidación de una granja de pollos de engorda. En este ejido se formó, al igual que en el ejido Llano Blanco, la UAIM; no para trabajar la tierra, sino para el establecimiento de una granja de pollos de engorda. El diputado, en ese entonces, Francisco Barbitia Fierro, donó las instalaciones, los primeros pollos y su alimentación; en este ejido se logró hacer ventas de pollos en los ejidos circunvecinos. Este proyecto duró un tiempo hasta que resultó incosteable su seguimiento, precisamente por el alto costo del alimento para engordar los pollos.

Quiero señalar en lo personal, que este trabajo fue muy importante, pues pude observar, desde la práctica, las necesidades en el área rural. Pudimos dar cuenta de la organización de muchas mujeres, quienes demostraron un liderazgo natural constante en el mejoramiento de sus comunidades y para con sus familias. En esta región del desierto de Altar, fue evidente una clase de liderazgo en donde no hubo interferencias por parte de los ejidatarios; es de mi interés y compromiso como trabajadora social, reconocer la voz y participación activa de estas mujeres, quienes de no haber tenido la disposición de mejorar su condición de pobreza, no hubiera sido posible consolidar las unidades agrícolas para la mujer.

Para finalizar, las experiencias como trabajadora social fueron diversas; estuvieron acompañadas de liderazgo participativo de parte de una servidora y de las mujeres rurales; también, de entusiasmo y enseñanzas para las personas con quien me tocó trabajar.



Visita a Yécora. Diciembre de 1999.

Archivo Trabajo Social, Unison